

Cerdaña y muy amigo de PRIM, que se prometia levantar él solo más de doscientos hombres entre los contrabandistas y otros habitantes de aquel montañoso país.

Los que habian de formar los tres primeros batallones efectuaron su entrada en España durante la noche del 15 de Agosto: Pierrad y Carazo, con unos 70 hombres mal armados; Berriz, con 22 en igual forma, y Vega, con una docena de sargentos y cabos procedentes de la emigracion. Todos iban animados de las más lisonjeras esperanzas, que muy pronto se convirtieron en tristes desengaños: se les habia dicho que inmediatamente se sublevaria una buena parte del país, y el país no se movió; se les habian prometido armas regulares y dinero, y no encontraron lo uno ni lo otro. Ni Roger, ni Pujol, ni Quet pudieron hacer que se agregase un solo hombre á los que entraban en busca de una muerte casi segura; y para dar de comer á su gente, el capitan Carazo no tuvo más recurso que repartir entre ella 2,000 reales exigidos al cura de Massanet, en castigo de haber vituperado desde el púlpito á los liberales...

Cinco ó seis dias anduvieron aquellos pelotones, marchando y contramarchando por cerros y montañas, perseguidos por fuerzas numerosas del Ejército, Guardia civil y mozos de la escuadra, teniendo al cabo que refugiarse en Francia en el estado más lastimoso. Berriz fué alcanzado el 19, junto á un pueblecito llamado el Plá del Arca, por un batallon del regimiento de la Princesa, contra el cual sostuvo dos horas de fuego con sus 22 hombres, de los que murieron dos, salvándose los demás: el mismo batallon atacó el 22 á la pequeña fuerza de Pierrad, ya cerca de la frontera, trabándose un combate desigual, que duró tres horas, en el que pelearon heroicamente el capitan Carazo, el teniente que fué de Bailén, D. José Martinez, y el paisano D. Pedro Viñas; pero sin otro resultado que el de pisar con honra el territorio francés.

La mision del teniente Barrios era, sin duda, la más importante y delicada. Este oficial, que el año antes habia llevado á Francia casi un regimiento de infantería, se presentaba ahora con siete hombres en la frontera; pero confiado en tener luego á sus órdenes un batallon, y resuelto á apoderarse de Puigcerdá, cuya guarnicion consistia en unos 25 carrabineros y guardias civiles. Habíale prevenido el general PRIM que, para acometer esta empresa, entrara en España durante la noche del 17; pues de este modo aseguraba el golpe de mano, dando tiempo á que las tropas del Gobierno se hallasen diseminadas en la persecucion de las demás partidas. De la

toma de Puigcerdá dependia que el General encontrara una puerta abierta, si se le cerraba la de Valencia.

Oculto con sus siete compañeros en un pueblo francés de la frontera, aguardaba el valiente Barrios el momento de obrar, cuando le avisó Cutchet diciendo, que él no podia proporcionar arriba de una docena de bravos contrabandistas, si bien tenia á su disposicion cincuenta carabinas y dos fusiles rewólvers en muy buen estado: con estos doce hombres, con sus siete y con treinta y cinco bien armados que se le habian prometido en nombre de Monreal, se decide Barrios á entrar en Puigcerdá y apoderarse de ella por sorpresa: dispone al efecto que los dos guerrilleros se le reunan con su gente á las doce de la noche junto á la laguna de Puigcerdá; pero á la hora convenida, Cutchet se le presenta solo: nadie habia querido seguirle. Monreal no comparece, y al cabo de treinta y seis horas llega tambien solo, disculpándose de no haber acudido á la cita por el error de un guia, y diciendo que únicamente podrá disponer de diez hombres. Aun con tan escasa fuerza quiso Barrios intentar de nuevo la empresa de sorprender aquella plaza, aparentando conducir más gente de la que llevaba; pero tampoco habian de venir los diez hombres de Monreal, teniendo este la desgracia de caer del caballo que montaba y lastimarse una pierna antes de pisar el suelo español.

En tal situacion, decídese Barrios á entrar por la Cerdaña con sus ocho compañeros, y á recorrerla toda, de pueblo en pueblo, esperando sublevarla; pero en vano invoca los nombres de PRIM, de la patria, y de la libertad; en vano arengan, él en castellano, y Cutchet en catalan: no encuentran un solo hombre que quiera seguirles, y sí gentes sencillas, que, compadeciéndose de ellos, exclaman:—¡A dónde van esos nueve infelices, si los van á matar!., Y convencidos de que nada pueden, y de que seria locura correr desatentados á una muerte cierta, se refugian en Francia el 23 de Agosto, cuando ya la guarnicion de Puigcerdá habia sido reforzada, y dos batallones de tropa se hallaban acantonados en la parte superior de Figueras.

No era, entre tanto, más afortunado que los caudillos subalternos de la sublevarcion catalana el general D. Juan Contrerás, que en la tarde del 15, favorecido por la fuerza de Carabineros estacionada en la frontera del valle de Aran, hizo su entrada dirigiéndose al pueblo de Bosost, acompañado de cuatro oficiales y de D. Ramon Castejon, demócrata de Lérida: en dicho pueblo le aguardaban 27 carabineros, con cuatro cabos y dos sarjentos, todos bien armados, á las órdenes del teniente

D. Manuel Reinoso <sup>1</sup>. Allí tambien se le unieron sesenta voluntarios procedentes de la Conca de Tremp, incorporándosele además unas quince personas, entre militares y paisanos emigrados, que estaban en Bagneres de Luchon y otros puntos de Francia, y algunos más que del interior subieron á la misma frontera. Con esta gente, que componia un total de 120 individuos, incluso los oficiales, y armados de malos fusiles los paisanos que se habian presentado sin escopetas, emprendió el general su movimiento á las doce de la noche del 15, dirigiéndose á Viella, donde fueron bien recibidos los sublevados; y habiendo dejado en aquel punto por gobernador militar al comandante de caballería D. Luis Lamar, á las dos de la tarde del 16 marchó la pequeña columna hácia Salardú, con el objeto de ganar pronto el valle del Noguera y la Conca de Tremp, á fin de atravesar la provincia de Lérida y seguir hasta la de Tarragona: pero ya en Salardú supo Contreras que el capitán de carabineros D. N. Mayoral, con alguna fuerza de su instituto, se disponia á disputarle el paso de los puertos; y efectivamente, á la salida del pueblo de Llavorsí encontró á dicho capitán, que, con dos secciones de carabineros, le aguardaba en buenas posiciones. Trabóse allí un combate, que duró algunas horas de la tarde del 17, y terminó con el día, quedando Mayoral dueño del campo, y retirándose Contreras en buen orden á Llavorsí, donde pasó la noche, con intencion de retroceder al valle de Aran lo más pronto posible, antes que le cortasen la retirada ocupando los desfiladeros de Esterri. A la madrugada siguiente, persuadido Contreras de que su contrario tomara la ofensiva, por haber recibido refuerzos durante la noche, emprendió el movimiento escalonando su fuerza lo mejor que pudo: á corta distancia del pueblo, las tropas de Mayoral dieron alcance al primer escalon, mandado por el capitán D. Manuel Soribes, el cual se replegó sobre el segundo, cuyo jefe era el capitán D. Luis Velarde; y unidas estas dos fuerzas, que componian un total de 60 hombres, hicieron frente á sus contrarios obligándoles á detenerse: los demás, tambien escalonados, marchaban á las órdenes de los comandantes D. Luis Padiá y D. Carlos Denis; y en esta forma llegaron á Escaló á las 11 de la mañana, dejando al enemigo á media legua de distancia.

En la retirada se les incorporó el teniente coronel don Faustino Fontela con 19 voluntarios del Valle; mas á pesar de esto, pasaron el 19 por Viella sin detenerse á pernoctar en aquel punto, cuyo improvisado gobernador se marchó á Francia; y

<sup>1</sup> Al teniente se le nombró en el acto comandante; al sarjento 1.º teniente; al segundo, subteniente; á los cabos y á dos preferentes, sarjentos; á los demás carabineros, cabos con grado de sarjento.

viendo Contreras que toda la provincia de Lérida estaba tranquila, que en el resto de Cataluña el movimiento no habia sido tan vasto como se esperaba, y que acudian más fuerzas del Gobierno en su persecucion, mudó de rumbo, dirigiéndose á Benasque, donde entró el 21. Allí se le reunieron varios oficiales de artillería y unos 30 voluntarios, restos de la partida del comandante Sasot, quien, derrotado, habia tenido que regresar con otros al territorio francés.

En Benasque permaneció Contreras cinco dias, á favor de la fortaleza natural de aquel punto, desde el cual envió varios comisionados á reclutar gente en la Conca de Tremp y otros parajes, con el objeto de reunir fuerzas respetables para facilitar la entrada del General PRIM en España; pues ya sabia por los periódicos del Gobierno que Valencia estaba tranquila, y le constaba que no habia una sola partida sublevada por la parte de Puigcerdá. Con el mismo fin comisionó al paisano don Manuel García Marqués para que fuese en busca del Conde de Reus y le informase de la posicion que ocupaba y de su pensamiento; y escribió al señor don Joaquin Aguirre, para ver si hallaba medio de ponerse en comunicacion con el mismo PRIM. Marqués cumplió bien su cometido, yendo á Francia, donde fué internado hasta Tolosa por la policia francesa, no obstante lo cual pudo escaparse y encontrar al general PRIM, y recorriendo luego la Cerdaña con una pequeña partida, que aumentó hasta más de 50 hombres; pero no llegó á reunirse con el general Contreras, porque á los pocos dias de separarse de él tuvo este que repasar la frontera.

Entre tanto, el general don Blas Pierrad, que, segun queda dicho, habia recibido la orden de entrar en España por la parte de Canfranc, y estaba oculto en una casa de campo de Peyronera (Francia), esperando el momento de obrar, tuvo noticia al anochecer del 15 de Agosto, de que la policia francesa intentaba detenerle, y de que cinco de los oficiales emigrados que por allí andaban, habian sido presos por la gendarmeria y conducidos á Pau: inmediatamente se dispuso á pasar la frontera, y lo efectuó aquella misma noche, seguido únicamente de cuatro hombres resueltos, que lo fueron su jefe de Estado Mayor don Antonio Zappino, su secretario el capitan señor Revilla, el capitan de caballería don Constanino Galindo, y un zaragozano llamado don José Gimeno, con los cuales se presentó á las puertas de Canfranc, donde se le unieron seis carabineros. En aquel pueblo se pronunció el capitan del mismo instituto, Cienfuegos, con los oficiales y soldados de su compañía; con cuya fuerza, y algunos jóvenes entusiastas que se le agregaron, marchó Pierrad en direccion á Jaca, para encontrarse en un punto de antemano convenido con el

coronel don Domingo Moriones, que en la tarde del día 15 había entrado, seguido de unos 70 hombres, entre ellos tres ó cuatro militares, dirigiéndose á los inmediatos valles de Hecho y Ansó, donde contaba con dos compañías de carabineros y muchos paisanos armados.

Al reunirse Moriones y Pierrad, se encontró este al frente de 700 hombres, la mitad próximamente carabineros, y la otra mitad paisanos, contrabandistas en su mayoría de los mencionados valles; por manera que estos dos elementos, al parecer contrarios, dedicado el uno al criminal ejercicio de arruinar el país impidiendo el desarrollo de su prosperidad, y pagado el otro por la nación para perseguirle; se ayuntaban so color de patriotismo bajo una misma bandera política. Mal podían sentir, y menos conocer, el patriotismo los que, con su conducta, demostraban que eran habituales enemigos de su patria.

Con estas fuerzas heterogéneas, pero compuestas de gente brava y bien armada, emprendió Pierrad el movimiento, dirigiéndose á Jaca, donde Moriones tenía inteligencias con su guarnición, la cual no correspondió á las esperanzas que en ella se habían fundado, si bien la columna pasó á la vista de la plaza sin hostilizar ni ser hostilizada: siguieron su marcha hácia el Sur, inclinándose á la derecha con la idea de reclutar secuaces en aquellos pueblos; y rebasando luego la sierra de Guara por entre Anzánigo y Sarsamarcuello, rendidos de cansancio y estropeados muchos hombres por falta de calzado, hicieron alto el día 22 para racionarse y descansar en Linás de Marcuello, cerca de Ayerbe, á unas cinco leguas de Huesca, y á doce ó trece de Zaragoza.

Seria la una de la tarde del citado día 22, cuando Pierrad recibió aviso por sus avanzadas de que había cerca del pueblo tropas del Gobierno. En efecto, se encontraba en Ayerbe una columna, compuesta de cuatro compañías de cazadores de Ciudad-Rodrigo, gente bisoña, cincuenta coraceros y una sección de guardias civiles, al mando del general Manso de Zúñiga <sup>1</sup>. Pierrad no tuvo tiempo más que para

<sup>1</sup> Cuatro días antes, el 18 de Agosto, este valiente general Manso de Zúñiga, pariente del Duque de Valencia, estaba en Madrid, donde tomó parte en la gran parada que se hizo en honor de los Reyes de Portugal; los cuales, viniendo de Francia, devolvían su visita á la Reina de España, y acompañados del Rey D. Francisco de Asís y de otros personajes, presenciaron el desfile de las tropas desde los balcones del edificio de la Academia de San Fernando.

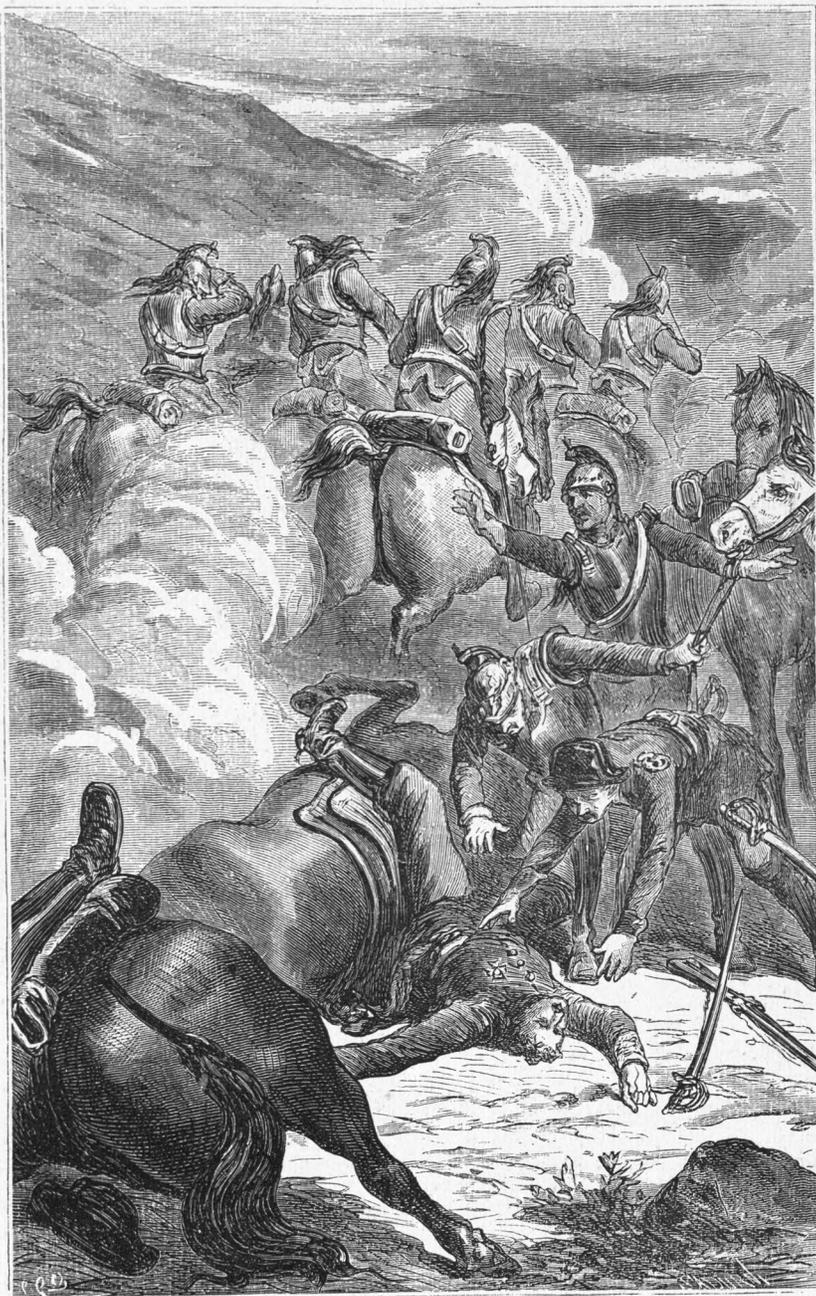
Cuéntase que, uno de aquellos días, mientras el Rey de Portugal y el de España andaban á pié por algunos sitios de Madrid visitando los museos y monumentos, como les siguiese un grupo numeroso de gente que gritaba: ¡Viva el Rey de Portugal! ¡Viva el Rey liberal!, el vitoreado se inclinó al oído de su acompañante, D. Francisco, y le dijo estas significativas palabras:—«Esos vivas, que me dan á mí, son mueras para los dos.»

reunir apresuradamente la mitad de su fuerza y formarla en tres líneas á la salida del pueblo, dando las órdenes convenientes para que la otra mitad acudiera lo más pronto posible á reforzar aquellas, pues el enemigo estaba ya encima. Poco rato después se rompía el fuego por ambas partes; y advirtiendo el bravo general Manso de Zúñiga un movimiento de desercion en parte de las gentes de Pierrad, se lanzó con intrepidez temeraria, casi solo, aunque seguido de lejos por la caballería, desafiando á sus contrarios, quienes le hicieron una descarga, hiriéndole de muerte. Su caída del caballo produjo un efecto moral terrible en la columna, desconcertándola de tal modo, que á no ser por la serenidad del entendido coronel jefe de Estado Mayor, señor Navarro, habria sufrido una completa derrota. Sin embargo, aunque este jefe reorganizó las tropas y sostuvo con ellas el fuego durante tres horas, fuéle preciso al cabo pronunciarse en retirada, dejando á Pierrad dueño del pueblo.

Durante la accion, el desgraciado Manso de Zúñiga habia sido conducido á Ayerbe, donde expiró: además de las heridas de bala, tenia una estocada mortal, que le dió, confundiéndole con el general Mackenna y creyendo vengar en este cierto agravio, el oficial de carabineros D. Francisco Albayá, quien pagó en el acto con la vida el homicidio que acababa de cometer, siendo muerto á su vez por un guardia civil.

Por ambas partes hubo sensibles pérdidas: las tropas del Gobierno tuvieron catorce muertos y veintitantos heridos; los sublevados, ocho muertos y catorce ó quince heridos, entre ellos el general Pierrad, á quien favoreció la victoria: y sin embargo, cuando contó su gente después del combate, se consideró derrotado, pues su columna se hallaba reducida á poco más de 400 hombres. El movimiento que, al empezar la accion, observó Manso de Zúñiga, y que le impulsó á lanzarse hacia las fuerzas enemigas, habia mermado estas en cerca de la mitad. Era que un oficial de los emigrados, procedente de Paris, en aquel momento solemne, habia dado la señal de desercion, arrastrando en pós de sí á unos 100 paisanos y 150 carabineros, que ya iban disgustados y se llamaban á engaño antes de llegar á Linás, porque en los ocho días transcurridos desde su alzamiento no tenian noticia de la entrada de PRIM en España, ni del pronunciamiento de ninguna ciudad. Aquellos hombres se dispersaron, acogiéndose luego á indulto, menos unos pocos, que con el oficial se internaron en Francia. Desalentados los demás al ver que eran muchos menos que antes de vencer, perdieron la confianza en sí mismos, y comenzó la desorganizacion en sus filas.

Pierrad retrocedió con su mermada columna, colocándose entre Jaca y Huesca.



Muerte del general Manso de Zúñiga.



en espectacion de algun acontecimiento en estas dos ciudades, en Zaragoza ó en otro punto de España, y yendo á parar á los cuatro ó cinco dias al pueblo de San Juan, donde pensó pernoctar; pero sabiendo que iban á su alcance otras varias columnas, y no recibiendo noticia alguna favorable, se acordó continuar la azarosa marcha. Moriones salió delante con unos 300 hombres, y Pierrad le siguió á los pocos momentos con 30 ó 40; pero la equivocacion de un guia condujo á cada uno por diferente rumbo, y mientras el general se veia forzado á repasar la frontera, su segundo entraba en Boltaña, de donde acababa de salir el general Contreras. Este, al tener noticia en Benasque de la accion de Linás de Marcuello, habia resuelto marchar sobre Huesca, en la creencia de encontrar allí á Pierrad victorioso; pero estando en Boltaña, recibió aviso de que avanzaban tropas del Gobierno por la carretera de aquella ciudad, y tomó el camino de Barbastro, en el cual fué alcanzado por un ayudante del coronel Moriones, con una carta en que este le manifestaba su llegada á dicha villa, en tan doloroso estado, que no le quedaba más recurso que emigrar, con cuyo objeto se dirigia á Francia por Bielsa.

Profundamente impresionado por tan desagradables noticias, Contreras regresó en seguida á Boltaña con solo doce voluntarios, para ver si podia reanimar el espíritu de los carabineros y conseguir que se le incorporasen; pero ya Moriones habia partido en direccion á la frontera, y aunque le envió varios emisarios suplicándole que fuese á Sahun, donde él concurriria, no pudo conseguirlo: Moriones, acompañado de unos 100 hombres, entró en Francia el 29 de Agosto, y Contreras se dirigió á Benasque con la idea de defenderse; pero perseguido de cerca por los batallones de las Navas y Talavera, se vió precisado á salir de aquel pueblo, deteniéndose á pernoctar en el puerto de su nombre. Allí fué alcanzado y batido, al dia siguiente, por una columna compuesta de cazadores de las Navas, guardias civiles y mozos de escuadra, fuerte de 700 plazas, á la que hizo frente con sus 150 hombres mal armados, peleando en retirada hasta pasar la frontera. En esta accion murió el joven ayudante del general, D. Julio Velarde, cuyo cadáver recogieron sus compañeros para darle sepultura en Bagneres de Luchon. Conducidos á este punto los emigrados por la gendarmería francesa, que los trató peor que á prisioneros de guerra, fueron luego trasladados el general, los oficiales y paisanos al depósito de Bourges, y las clases de tropa al de Besanzon, quedando así terminada aquella deplorable campaña de quince dias, y vencida la revolucion por la energia del Gobierno español y por el poco apoyo que encontró en el país.

## IX.

Todo estaba perdido para los revolucionarios: la insurreccion de Agosto, que se creyó sería formidable, quedó circunscrita al levantamiento de unas cuantas bandadas armadas en tres ó cuatro provincias. Fuera de esto, solo se sublevó la ciudad de Béjar; pero viendo que ninguna otra poblacion de Castilla imitaba su ejemplo, y que, transcurriendo los dias, el movimiento decaía en Aragon y Cataluña, se acogió al indulto concedido por el Gobierno, marchándose á Portugal las personas que se consideraban más comprometidas por su iniciativa en la sublevacion. Otras cuatro partidas insignificantes se levantaron, una en la provincia de Castellon, cuya capital intentó, aunque en vano, pronunciarse el dia 16; otra en la de Valencia, hácia la montaña; otra en la de Alicante, por la parte de Pego, y otra en la Mancha Alta, hácia San Clemente y Belmonte. Los paisos recorridos por estas partidas permanecieron tranquilos, así como tambien la ciudad de Alicante, adonde fué el general La Torre, llamado por algunos patriotas, que creian poder hacer mucho, y nada hicieron.

La espectacion pública, no solo de los sublevados y de cuantos con ellos simpatizaban, sino de todo el país, estaba fija durante aquellos dias en el general PRIM, cuya misteriosa ausencia era objeto de los más extraños comentarios, y aun de las más injuriosas acusaciones. Nadie, ni el Gobierno mismo, sabia su paradero, precisamente cuando debia suponérsele al frente de la insurreccion; y de aquí resultaba que algunos, olvidando sus antecedentes, le calificaran de cobarde, y otros de traidor, no faltando quien dijera que se habia vendido al oro de Cristina: los que no podian dudar de su valor, afirmaban que le habian muerto, y que se ocultaba su muerte para que no decayera el ánimo de los insurrectos. La misma generosidad con que el Ministerio Narvaez, secundando la iniciativa del Conde de Cheste, se apresuró á ofrecer indulto y perdon, fué atribuida por los demócratas á inteligencias secretas del Gobierno con el vencedor de los Castillejos. Hoy está plenamente probado que no existieron tales inteligencias, ni tal traicion, ni tal cobardía en quien jamás conoció el miedo, y que, si el general PRIM no entró en España, fué porque absolutamente no pudo hacerlo sin exponerse á caer en manos de sus ene-

migos, cuando ya era infructuosa su presencia en el campo de la insurrección.

En otro lugar hemos dicho, que desahuciado el general PRIM en Valencia, se dirigió á Marsella: el día 20 de Agosto por la tarde entró en esta ciudad, en la cual se hallaban sus cuatro ayudantes Campos, Pavía, Hidalgo y Albascal, y los señores Ruiz Zorrilla, Becerra, Sagasta y García Ruiz, dispuestos á encaminarse hácia donde lo exigieran las circunstancias. Allí dió á todos una comida el General, y á las diez de la noche, vestido de lacayo y acompañando á un matrimonio, salió para Perpiñan, de cuyo punto partió sin detenerse hacia los Pirineos, presentándose el 22 por la noche en Bourgmadame, pueblecito poco distante de la plaza fronteriza de Puigcerdá.

En aquel punto encontró el General á sus amigos Barrios, Cutchet y otros, por quienes supo que en toda la Cerdaña y el Ampurdan, y aun en muchas leguas adentro de la frontera catalana, no había un solo insurrecto, y sí varias columnas de tropa del Gobierno que vigilaban sobre toda la extensión de aquel territorio. Allí, á pocos pasos de la frontera, le vió el día 26 D. Manuel García Marqués, el enviado de Contreras, á quien dijo que aguardaba algunas fuerzas del campo de Tarragona y de Barcelona, para hacer su entrada en España, por cuya razón no podía facilitarle el poco armamento que había en los alrededores de Puigcerdá, y que aquel solicitaba.

En efecto, la única esperanza que le quedaba al general PRIM para poder entrar en España, era el cumplimiento de las órdenes que había dado con mucha anticipación para el caso de que fracasara el plan de Valencia, disponiendo que se acercasen hácia las montañas de Berga tres partidas, procedentes de las provincias de Lérida, Barcelona y Tarragona. El coronel Gaminde, encargado de formar la primera, no había podido, á pesar de todos sus esfuerzos, reclutar un solo hombre; el Benet de Cambrils, que tenía á su disposición algunos centenares de combatientes, no se movió de la provincia de Tarragona, sin que se haya explicado la causa que le obligase á faltar así á las instrucciones que al parecer había recibido del mismo PRIM en persona; y D. Eduardo Casanova, que también tenía iguales órdenes del General, y las que en confirmación le dió el coronel Baldrich para que saliese con su partida hácia Berga, lejos de cumplirlas, se encaminó al llano de Barcelona, y allí se acogió al indulto con toda su gente.

Los señores Sagasta, Ruiz Zorrilla, García Ruiz y Becerra llegaron á Perpiñan el día 25, procedentes de Marsella, con el propósito de entrar en España detrás ó al

mismo tiempo que el general PRIM: allí supieron que este continuaba disfrazado en las cercanías de Puigcerdá, esperando aun que subieran á Berga las tres partidas que nunca habian de llegar; y en esta situacion angustiosa se pasaron cuatro dias, al cabo de los cuales dispuso el General que fuese un comisionado á Barcelona y Tarragona en busca de gente, para poder bajar él hasta Berga, y tentando la suerte de las armas, ver de restablecer las cosas, que desgraciadamente para los revolucionarios se hallaban ya en muy mal estado: aunque el emisario no perdió el tiempo, y vió á Escoda el 1.º de Setiembre en Torrellas, fué para oír de boca de este guerrillero, que llegaba tarde, pues ya no tenia más que la quinta parte de su gente, unos 100 hombres; pero que mandaria un propio á Baldrich para que hiciera lo que á él no le era ya posible hacer, con mucho sentimiento suyo. Baldrich recibió, en efecto, el aviso de Escoda el 2 de Setiembre, y en seguida emprendió la marcha con su gente y alguna de Tarragona hácia Berga, con la idea de recibir al General. ¡Esfuerzos inútiles! Noticioso PRIM de que casi todas las partidas de Cataluña se habian disuelto, y de que los generales Pierrad y Contreras acababan de entrar en Francia, es decir, sabiendo que todo estaba ya perdido, habia abandonado la frontera el 1.º de Setiembre, para bajar á Perpiñan, en donde, por convenir así á su situacion, solo se dejó ver del señor Ruiz Zorrilla. El dia 2, burlando la vigilancia de las autoridades francesas, que ya se habian apercibido de su presencia por aquellos lugares, el general PRIM salió de Perpiñan, acompañado del mismo Zorrilla, yendo aquel directamente á Lyon y este á Marsella, para donde fueron citados los señores Becerra, García Ruiz y Sagasta; los cuales, menos el último, que fué detenido por las autoridades francesas y más tarde conducido á Bourges, emprendieron tambien el camino de Marsella, de cuya ciudad salieron el dia 3 para Lyon. Aquí se vieron en la madrugada del 4 con el General, quien poseído de profunda pena y dolorosamente afectado por el mal éxito del último alzamiento, después de decir á los tres que se retiraba á Ginebra, les rogó que reuniesen á la emigracion residente en París, y le relataran fielmente la historia de todo lo ocurrido, mientras él preparaba un manifiesto acerca del mismo asunto.

El general PRIM partió, en efecto, el mismo dia para Ginebra, y sus amigos marcharon á París, donde, cumpliendo el encargo que les habia dado, provocaron una junta de los emigrados allí existentes, la cual se celebró el 10 de Setiembre, bajo la presidencia de D. Salustiano de Olózaga, en el *Hotel des Embassadeurs*, asistiendo á ella, entre otros, los progresistas señores Aguirre y Rubio, los demócratas señores